

MARC
LA SUCIA RATA

JOSÉ SBARRA

Marc, un joven borderline, intenta suicidarse arrojándose a las vías del tren y lo detiene un policía que intentará convencerlo para que desista de su idea. El protagonista tiene como únicas ambiciones en la vida «drogarse, escribir un libro perfecto y morir de sobredosis».

Marc, la sucia rata es una novela corta, rápida y extremadamente divertida que se divide en diálogos de *Marc* y un *policía* y en extractos de su «libro perfecto» y *Los pro y los contra de hacer dedo*.

Primera Parte

«No se puede conversar con los anarquistas,
tienen tanta razón que molestan.»

LA PROTESTA, Buenos Aires, 1987

MARC Y EL POLICÍA

—¿Cómo se llama?

—¿Usted es policía o algo así?

—Algo así.

—Y, dígame, «Algo así», ¿usted cree que decirle mi nombre me dará una razón para vivir?

—Las preguntas las hago yo.

—¡Guau!, igual que en las series de televisión, oficial.

—No soy un oficial. Dígame cómo se llama

—Marc. Para los amigos: La Sucia Rata.

—¿Por qué quiso arrojarse bajo las ruedas de ese tren en marcha?

—Si hubiese intentado arrojarme bajo las ruedas de un tren detenido, mi caso sería mucho más grave, oficial.

—No me llame oficial y responda lo que le pregunta ¿Por qué quiso tirarse bajo un tren?

—Porque quería vivir una experiencia nueva.

—Una experiencia suicida.

—Su sagacidad me impresiona.

—Vea, Marc, usted le ha provocado a los ferrocarriles del estado un gran trastorno.

—Confiaba en que sería el último, oficial.

LOS PRO Y LOS CONTRA DE HACER DEDO

Humean montañas de basura a ambos lados de la carretera. Seres andrajosos suben y bajan por ellas. Un adolescen-

te, recostado sobre una pila de cartones y trapos, lee.

Ha encontrado un libro y lo lee con dificultad, pero hechizado.

Para él ha desaparecido el basural, sus manos heladas y sucias pasan las hojas del libro.

El adolescente ha terminado de leer su libro. Se encienden estrellas sobre la basura. Es la primera vez que lee un libro desde el comienzo hasta el final. Es la primera vez que descubre que alguien que no lo conoce y a quien nunca vio, sabe exactamente lo que le pasa y lo que piensa. Aprieta el libro. Lloro. O casi. Acaba de comprender que no está solo en el universo. Hay alguien que lo entiende y se lo ha contado por medio de un libro. Vuelve a la primera página, a la primera frase. Se repite a sí mismo el nombre del autor. Es un escritor de otro país, de Alemania.

A la mañana siguiente le dice a su maestra que ha leído un libro de un escritor alemán y que durante la noche le ha escrito una carta, pero que no sabe a dónde tiene que enviarla para que le llegue. La maestra le pregunta como se llama ése escritor. Y él responde que en ese momento no lo recuerda. Entonces le pregunta por el título del libro. El responde que lo tiene en la punta de la lengua pero que no le sale. Ella le pregunta cómo puede ser que le haya impresionado tanto un libro, que hasta lo ha impulsado a escribir una carta y que no retenga el título ni el nombre del autor. El adolescente se queda en silencio. No quiere revelar esos datos por vergüenza. La maestra podría conseguir el mismo libro y sería como si lo espíase a él por dentro. Ella le dice varias cosas. El sólo repara en una; embajada de Alemania.

Se ha aplastado el pelo con agua jabonosa. Trata de no pisar charcos para no manchar las alfombras que imagina detrás de la palabra embajada. Lleva mal abrochado el cuello de la camisa.

Hace dedo. Se detiene un Renault color mostaza.

El chico de la basura sonrío. Agradece. Sube al coche. Agradece. En su mano izquierda palpita una página de cua-

derno doblada, sin sobre.

La humareda semeja niebla y el día es gris.

—¿Y para qué tenés que ir a la embajada de Alemania?

—Para enviarle esta carta a un escritor. Ahí me van a dar la dirección.

—¿Quién escribió esa carta?

—Yo.

—¿Y cómo se llama el escritor?

El adolescente revela por primera vez el nombre del escritor.

El hombre reprime un impulso. Mira a los ojos al adolescente. Siente el humo caliente del basural que entra por la ventanilla. Sonríe ante la asimetría de la camisa del chico. Le dice:

—Te voy a llevar hasta, la puerta de la embajada. Aprieta el acelerador y, poco a poco, el entorno empieza a urbanizarse. Sintoniza la radio en una música alegre.

Intenta imaginar cómo recibirán a ese jovencito en la embajada. Tal vez lo traten con indiferencia —piensa—, tal vez le tomen la carta sin darle mayor importancia o quizás alguna secretaria le diga lo que él no se atrevió a decirle, que ese escritor ha muerto hace ya muchos años.

MARC Y EL POLICÍA

—¿Por qué anda vestido así?

—¿Así cómo?

—Con aspecto de pordiosero.

—Mi aspecto no me preocupa, oficial, de todos modos no soy como me gustaría ser.

—¿Pero usted no tiene ninguna vocación?

—Sí, tengo una, vocación de suicida. Esa es la mía. Soy un perfecto inútil.

—No se apresure Marc, nadie es perfecto, quiero decir nadie es inútil.

—Qué fallido, oficial.

—No sea sarcástico. Cualquiera tiene alguna utilidad, sólo hay que tratar de encontrarla. Todos los seres existen para algo. Hasta usted.

—¿Está tratando de ayudarme o está diciendo su discurso del adiós?

—Estoy intentando entusiasmarlo con la vida.

—Lo único que consigue es desalentarme, oficial.

LOS PRO Y LOS CONTRA DE HACER DEDO

KIPLINGADA

-poster-

- Si eres capaz de mantenerte calmo ante los policías que arrastran a un joven manifestante.

- Si puedes impedir que tu corazón manche de rojo las paredes de tu cuarto.

- Si puedes mirar por TV mientras tomas un martini la marcha obsesiva y circular de esas mujeres.

- Si puedes soñar pero le tomas medidas y le pones límites a tu sueño.

- Si eres equilibrado como para entender que una despedida es un hecho tan natural como un encuentro.

- Si sientes que no te contamina toda la mierda que te rodea.

- Si después de perder al ser que más querías consigues rehacerte en quince segundos y volverte a enamorar en el segundo siguiente, entonces...

Eres un verdadero monstruo, hijo mío. Tuya es la tierra y lo que hay en ella.

MARC Y EL POLICÍA

—Algo tiene que hacer, Marc, trabajar, estudiar, lo que sea, pero no puede pasarse la vida sin hacer nada.

—Oficial, me defrauda una vez más, ¿usted cree en la acción por la acción?

—Lo que yo creo es que tiene que hacer algo, nadie puede estar bien de la cabeza sin hacer nada.

—La acción es sólo un gasto de energía, oficial, no es más que epilepsia.

—¿Y para no ser un epiléptico, usted no hace nada en todo el día?

—Sí que hago oficial.

—¿Qué hace?

—Me tomo el trabajo de respirar quince veces por minuto.

—¿Y cuando está en su casa, respira y mira el techo?

—No, oficial, escribo.

—¿Escribe qué?

—Un libro.

—Ah, entonces usted es escritor. No será como ser abogado, pero ya es algo. ¿Y cómo se llama su libro?

—«Los Pro y los Contra de Hacer Dedo».

—Bueno, el título siempre puede cambiarse por uno mejor..., ¿para cuándo piensa terminarlo?

—Para dentro de dos o tres años, si la policía no me interrumpe antes.

LOS PRO Y LOS CONTRA DE HACER DEDO

El sol cae como fuego sobre la carretera.

Llueve sol.

El camión se coloca detrás del Peugeot azul. Lo sigue inocultablemente. Su conductor es un joven pelirrojo.

El hombre del Peugeot mira al joven por el espejo retrovisor. La ansiedad hace destellos y oscuridades en sus ojos.

El automóvil se detiene ante un bar, al costado de la carretera desierta.

El joven pelirrojo detiene el camión, baja y se dirige, sin mirar a su alrededor, hacia el baño del bar.

El hombre del Peugeot va tras los pasos del joven. Atraviesan un salón con mesas de pool en las que nadie juega.

Sobre el sucio mármol del lavatorio, el joven extiende dos líneas de polvo blanco.

—Pruébela —le dice al hombre del Peugeot que acaba de entrar.

El hombre, visiblemente excitado, hace un cilindro con un billete de cien dólares. Coloca un extremo en su nariz, el otro sobre la primera línea. Con dos cortas y profundas aspiraciones hace desaparecer las rayas de polvo blanco.

Le tiende unos billetes al joven.

—Aquí están los dos mil.

El joven pelirrojo cuenta el dinero y luego le entrega un manoseado sobre.

—Aquí tiene. Hasta la próxima.

—Espera.

—¿Qué?

—¿Cuánto Quieres por...?

—¿Por qué cosa?

—Por quedarte unos minutos más aquí.

—¿Para qué?

—Ya lo sabes. Me gusta ese bulto que tienes entre las piernas.

—Mierda.

—¿Cuántos quieres?

—Quinientos más

—¿Quinientos dólares?

—Sí.

—Te has vuelto loco.

—No. Es que todo esto me da asco.

—Entiendo. Te da quinientos dólares de asco.

—Así es. Hasta la próxima.

—Espera.

—¿Qué?

—Toma. Para que soportes tu asco.

El joven pelirrojo verifica los quinientos dólares. Los guarda en el bolsillo del jean. Se apoya de espaldas a la puerta. Baja el cierre de su bragueta. Saca su verga y empieza a masturbarse.

Cierra los ojos.

El hombre del Peugeot se arrodilla ante el joven pelirrojo. Abre su boca en busca de ese trozo de humanidad. Su lengua salivosa alcanza la verga del joven. Hunde con desesperación su cabeza en la sudada pelambre. Huele el sudor. Huele la juventud, el camión, la ruta, la vida ajena, un trozo de humanidad.

El calor tiñe de dorado la carretera.

El joven pelirrojo salta al camión. Se quita la camisa y con ella se seca los sobacos. Enciende un cigarrillo y pone en marcha el motor.

Una viscosa transparencia se traga al camión en la distancia.

En dirección opuesta, el Peugeot se desliza sobre el pavimento como una fresca mancha azul.

Vuela el sonido de una radio encendida en el desierto.

MARC Y EL POLICÍA

—¿Pero usted se negó a responder?

—Por supuesto, oficial, cualquier otro ciudadano en mi lugar hubiese hecho lo mismo.

—¿Y él cómo reaccionó?

—Se enfureció, golpeó el escritorio y me trató de subnormal.

—¿Y entonces fue cuando usted se puso loco?

—Digamos que me puse peor, oficial, porque loco estoy siempre.

- ¿Y qué hizo?
— Le dije que yo no estaba dispuesto a dialogar con alguien cuya calidad humana desconocía.
—¿Y qué necesita conocer del jefe de policía?
—No sé... Saber si cultiva petunias en otoño, por ejemplo.

LOS PRO Y LOS CONTRA DE HACER DEDO

BAUDELERIANA
-poster-

Suicídense

*por favor suicídense
por asco por locura
por resentimiento por narcisismo
para no dejarse morir lentamente
por asombro ante la maldad
por asfixia por horror
por soledad
por amor
dentro de lo posible por amor
pero por favor
suicídense.
Y si alguien les pregunta
qué hora es
respondan sin dudarlo
es la hora de suicidarse.*

MARC Y EL POLICÍA

—¿Por qué uno no puede suicidarse tranquilamente, oficial?

—Porque es horrible desear la muerte.

—La muerte no es algo horrible, oficial, es sencillamente no estar más. Yo, antes de nacer, no estaba en esta vida, y eso nunca me molestó. Puede creerme.

—Los que se suicidan jamás podrán ir al paraíso.

—Sí, ya lo sé. Ahí irán los policías, los abogados, los religiosos, los psicólogos y los porteros, la gente limpia. Yo soy una sucia rata, oficial. A mí el paraíso celestial, con sus angelitos tocando todo el día esas insufribles arpas, me resultaría más insoportable que el infierno.

LOS PRO Y LOS CONTRA DE HACER DEDO

I

Una mujer está sentada en la terraza de un bar cercano a la estación.

No hay nadie más que ella y un camarero en ese bar.

Es la estación de un pueblo pequeño, insignificante. Las vías del tren están próximas a las mesas desocupadas.

Ella bebe un refresco y espera. Es evidente que espera a alguien que llegará en un tren.

Su maquillaje cuidado, su deliberada elegancia, su actitud alerta, su perfume, hacen suponer que espera a un hombre. Al único hombre que amó.

Tal vez por eso, o por la inabordable tristeza de sus ojos, el camarero no se atreve a decirle que la estación fue abandonada hace mucho tiempo y que por esas vías ya no pasará ningún tren.

II

Ella lo sabe. Pero ella espera porque la estación está aún ahí, y también están las vías.

Ella espera porque la tarde está soleada y la brisa la toca suavemente.

Ella espera, no sabe hacer otra cosa.

Si se viste, si se peina, si aún acepta repetir los pobres estos de la vida, si se toma el trabajo diario de no morir, si trata de pensar que valen la pena el sol y la tarde y la brisa, es porque cree en la espera.

Ella espera, no hay otra razón.

III

El camarero vuelve a llenar la copa de la hermosa mujer.

Ella no lo ha mirado, pese a que no hay otro ser a su alrededor. No obstante, agradece el nuevo refresco con la vista dirigida hacia la antigua estación.

La tarde decae. Lenta. Triste. El paisaje toma el color de las películas mudas.

Se han encendido los faroles de la terraza, aunque ninguna otra alma viviente se siente atraída hacia el lugar. La mujer, dignísima, se pone de pie, deja unos billetes sobre la mesa y se marcha rumbo al pueblo.

La fina silueta se aleja morosamente sobre la hierba del solitario camino. El camarero la ve marcharse y tiene una súbita sensación de asfixia en el pecho.

IV

Si mantiene abierto ese bar al lado de una estación abandonada, al cual no acude la gente del pueblo, si se viste, si se peina, si soporta diariamente los pobres gestos de la vida, es sólo porque espera a una mujer.

Espera a una mujer demasiado importante, demasiado hermosa, con una tristeza inabordable en los ojos.

V

La mujer mira las vías muertas sentada en el bar de la vieja estación. Mantiene una actitud indiferente con el entorno porque está enamorada.

Ama demasiado a ese camarero y tiene miedo de que él no la quiera. Por eso todas las tardes se sienta en la terraza del bar. Bebe un refresco y finge.

Finge que espera a alguien que no vendrá.

MARC Y EL POLICÍA

—Tenía que ser usted... Dígame qué está haciendo en esta esquina.

—¿Prefiere que le cuente la verdad o que le responda algo que usted pueda creer?

—No intente confundirme y dígame qué está haciendo acá.

—Estoy esperando a una chica.

—Justo aquí, frente a la central de policía. ¿Cómo se le ocurre hacer una cita en este lugar?

—De la misma manera que se me ocurriría hacer una cita en otro lugar.

—¿Entonces por qué no se le ocurrió citarla en otro lugar?

—Fue ella la que me citó a mí.

—Y no vino.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque lleva más de una hora en esta esquina.

—Su informe es correcto, oficial.

—El comisario general lo ha visto desde su ventana y ha preguntado quien es ese sospechoso.

—Dígale que no tiene porqué preocuparse, que soy yo esperando a una chica.

—Pero usted está completamente loco.

—Sí, desde que era un espermatozoide. Entre nosotros, oficial, ¿usted cree que vendrá?

—Usted está loco.

—Eso ya está aclarado, oficial, lo que le pregunto es si cree que ella va a venir.

—El que hace las preguntas soy yo.

—Esa frase la sacó de alguna serie de televisión

—Es imposible hablar con un loco.

—Depende, oficial, hay locos y locos.

—Terminemos.

—Eso es lo más sensato que le he escuchado decir.

—Terminemos.

—No hace falta que lo repita, le dije que era lo más sensato que le escuché, pero tampoco es una genialidad como para andar repitiéndola, oficial. De todas maneras, como usted dice, «terminemos», esto no da para más. Yo seguiré aquí esperando a mi chica y usted puede ir tranquilo a explicárselo a todas las unidades.

—¿Usted cree que me ha convencido con esa absurda historia de que espera a una chica frente a la central de policía?

—No quiero que piense que la voy de sagaz por la vida, pero en ningún momento lo vi muy convencido.

—Dígame qué está haciendo acá.

—Si le digo realmente por qué estoy aquí me lo va a creer menos que la historia de la chica.

—¿O sea que me mintió?

—No exactamente.

—¿Qué quiere decir con eso de «no exactamente»?

—Que no es que le haya mentado sino que no quise alterar su equilibrio mental. Esa historia de la chica me pare-